

La vocación ecuménica de la Iglesia católica

El ecumenismo está más vivo y activo que nunca. La vocación ecuménica de Benedicto XVI a la vez que genera gestos ecuménicos concretos, está orientando los caminos que todos los creyentes en Cristo debemos recorrer hasta lograr nuestra unidad plena y visible en Cristo. Este ecumenismo ni equivale a un humanismo ingenuo ni supone un cierto relativismo eclesiológico. Aunque el camino transitado ha sido largo, falta todavía mucho por recorrer. Falta, en el caso español todavía más, una verdadera conversión interior, pues en palabras del papa actual, «el Ecumenismo es antes que nada una actitud fundamental, un modo de vivir el cristianismo».

Ante un nuevo y más amplio panorama ecuménico

El panorama ecuménico reciente registra ecos de algunos acontecimientos en los que ha estado directamente implicada la figura de Benedicto XVI. El viaje a Alemania, su tierra natal, ha dejado titulares destacados de signo contrario. Por un lado, se ha subrayado que los protestantes han acogido con satisfacción las palabras de aprecio del Papa hacia Lutero. Así, Nikolaus Schneider, presidente del

Consejo de la Iglesia Evangélica de Alemania, percibió en sus palabras «una revalorización moral de la figura de Lutero», aunque no conlleven una rehabilitación. Sin embargo, la prensa alemana utilizaba la expresión «Enttäuschung» (decepción) al día siguiente de la jornada ecuménica celebrada el 23 de septiembre en Erfurt, una valoración que tiene quizás que ver con una serie de expectativas por parte de la Iglesia evangélica que estaban esperando a Benedicto XVI.

Desde un «encontrarse a la misma altura», que subraya cómo los evangélicos no pueden aceptar al Papa como la más alta instancia jurídica, hasta el deseo de celebrar juntos el 500 aniversario de la Reforma en el 2017. Parece que han dolido las palabras taxativas que impiden un avance en la dirección de la hospitalidad eucarística.

El actual presidente del Pontificio Consejo para la unidad de los cristianos, K. Koch, comentó que todavía existen grandes diferencias entre las dos Iglesias. Es claro que la teología ecuménica en perspectiva católica es muy consciente y celosa de la idea de que esa comunidad de mesa eucarística es indisoluble de la previa comunión eclesial.

El núcleo duro de este debate ecuménico reside, hoy por hoy, en la cuestión de la Iglesia y en el espinoso problema del ministerio ordenado.

Mirando al otro gran escenario del empeño ecuménico, el que dibujan las Iglesias ortodoxas, merece la pena resaltar la visita que el arzobispo Hilarión, «ministro de exteriores» del Patriarcado ortodoxo de Moscú, hizo a Benedicto XVI en Castelgandolfo el pasado 29 de septiembre. Hace un año se había producido un encuentro similar en la residencia veraniega del Papa. Todo apunta en esta dirección: se allana el terreno para un hipotético viaje de Benedicto XVI a Moscú y un encuentro entre el Pontífice y el patriarca Kyril, sucesor de Alexis II fallecido a finales de enero de 2009.

Hilarión recordó que católicos y ortodoxos tienen posiciones comunes en «casi todo». Juan Pablo II murió sin pisar tierra rusa por las discrepancias con Alexis II, surgidas a raíz de la reorganización de la Iglesia católica en Rusia, que supuso la erección de cuatro diócesis el año 2002; decisión que disgustó profundamente a los ortodoxos y que interpretaron como una agresión. Después de muchos esfuerzos, cuando ha podido reanudarse el diálogo en Belgrado y, sobre todo, en Rávena (2007) y en Paphos (2009), se están dando pasos muy importantes en torno a la difícil cuestión del primado del Obispo de Roma. Los más optimistas pueden pensar en un viaje histórico del Papa Ratzinger a Moscú.

Pasa por asumir y superar la historia

A la luz de acontecimientos corrientes y puntuales se sigue constatando, contra pronósticos catastrofistas de nuevos y viejos profetas de calamidades, la pervivencia del empeño ecuménico desde las más altas esferas de la Iglesia católica. Los pequeños gestos concretos nos desvelan, si se miran con cierta profundidad y sin prisas, la compleja problemática que late detrás, y desde hace varios siglos. Ecumenismo no es equivalente a humanismo ingenuo ni a relativismo eclesiológico. Benedicto XVI asumió como compromiso primario, desde el primer día de su pontificado, el trabajar sin escatimar energías en el restablecimiento de la unidad plena y visible de todos los seguidores de Cristo. En su homilía ante el Colegio de Cardenales, el 20 de abril de 2005, señaló la necesidad de gestos concretos que entren en los corazones y sacudan las conciencias, impulsando a cada uno a la conversión interior, presupuesto de todo progreso en el camino del ecumenismo.

Benedicto XVI ha venido insistiendo reiteradamente en ese compromiso personal por la causa del ecumenismo. Este interés por la unidad de los cristianos ha venido siendo una constante en su trayectoria teológica anterior, que se puede sintetizar en torno a la tesis que formuló en una famosa conferencia pronunciada en Graz (1976): en el diálogo ecuménico que puso en marcha el Vaticano II se decantan claramente dos procesos: el proceso de reunificación de Oriente y Occidente y la cuestión del ecumenismo católico-protestante. A la base de esta asimetría que caracteriza la situación ecuménica actual se encuentra la historia de las escisiones de la Iglesia, que ha conocido dos tipos diferentes de ruptura. La ruptura que nace de la Reforma representa la quiebra de la unidad eclesial estructural, pues quedaron afectadas la tradición y la sucesión apostólica. Allí lanzó la que luego se ha denominado la «fórmula Ratzinger»: Roma no puede exigir de Oriente una forma de primado diversa a la que se dio en el primer milenio. Añadía, además, la convicción de que la unión entre católicos y ortodoxos no sólo no perjudica, sino que favorece la unión con las Iglesias surgidas de la Reforma. Estos análisis no quedaron suspendidos por las polémicas que, en círculos ecuménicos, pudieron suscitar las declaraciones de la Congregación para la Doctrina de la Fe, *Communio notio* (1992) y *Dominus Iesus* (2000). Con todo, más de un quebradero de cabeza propiciaron al entonces Presidente del Pontificio Consejo para la unidad de los cristianos, el cardenal alemán W. Kasper.

En cualquier caso, en el tiempo transcurrido del pontificado de Benedicto XVI, los diálogos oficiales entre la Iglesia católica y la otras Iglesias cristianas —desde los anglicanos hasta las antiguas Iglesias orientales— han seguido su ritmo acostumbrado, bajo la batuta del cardenal Kasper hasta el verano del año pasado, y ahora de la mano del cardenal suizo Kurt Koch.

Y por la necesidad de una verdadera conversión en nuestra vida de fe

No bastan las manifestaciones de buenos sentimientos. Tras el entusiasmo inmediatamente posconciliar se ha asumido oficialmente una actitud de mayor sobriedad, signo de que el ecumenismo se ha vuelto más adulto. W. Kasper llegó a reconocer en Barcelona, en enero de 2007, que se había llegado al núcleo duro de nuestras diferencias institucionales y eclesiológicas, de modo que el camino ecuménico será todavía largo. Por eso, deberán abordarse con paciencia una vez más, a la altura de las exigencias del momento, las cuestiones que siguen pendientes en la agenda del trabajo ecuménico: las relaciones entre la escritura y tradición; la eucaristía, memorial sacrificial y presencia real de Cristo; el orden como sacramento bajo el triple ministerio de episcopado, presbiterado, diaconado; el magisterio de la Iglesia confiado al papa y a los obispos; la Virgen María, madre de Dios e icono de la Iglesia. Estas son las tareas que Juan Pablo II dejó apuntadas en su carta encíclica sobre el compromiso ecuménico de la Iglesia católica (1995). La invitación del Papa Wojtyła a iniciar un diálogo fraterno sobre el futuro ejercicio del primado es una de las tareas del actual Papa. En ello está, como hemos indicado al principio. Y no es menos cierto que la mejora de nuestras relaciones ecuménicas con las Iglesias orientales es esencial para la superación de las divisiones en el interior de la cristiandad occidental latina. En la coyuntura actual del pontificado de Benedicto XVI, donde el fenómeno de la globalización marca también las aproximaciones o los desencuentros entre las grandes familias confesionales, están sonando voces de desafío con tono de rupturas: ¿cómo va a evolucionar la crisis interna de unidad y de autoridad en la comunión anglicana? ¿Cómo van a reaccionar los seguidores de Lefebvre ante la propuesta (casi desconocida) de un documento para solucionar el cisma? Son otros capítulos concretos que afectan decisivamente a la actual situación de la ecumene cristiana.

La vocación ecuménica de la Iglesia católica

Como parte del mejor legado que nos viene del Concilio Vaticano II, la responsabilidad ecuménica nos atañe a todos. Una de las figuras del ecumenismo en España, D. Julián García Hernando, decía que el ecumenismo es «cosa de creyentes». Es un síntoma en nuestro país lo poco que ha calado el problema ecuménico en el pueblo de Dios en su conjunto, que incluye por cierto a sacerdotes y religiosos. No es una dimensión que informe de manera connatural y habitual nuestra vida cristiana; más bien parece haber quedado reducida a unas fechas especiales durante el año (semana de la oración por la unidad) o a una competencia y actuación desempeñada por un grupo de personas. Se juzguen como se juzguen los gestos concretos y las actuaciones públicas del actual Papa, siguen en pie estas palabras suyas: «Ecumenismo es antes que nada una actitud fundamental, un modo de vivir el cristianismo». ■